

# EL PALUDISMO EN LA PROVINCIA DE JAEN

Todo lo que en Sanidad se hace no es de ahora, como muchos fingen creer y como otros afirman. Lo que ahora se recoge es fruto de lo que nuestros antecesores sembraron, y lo que Cortezo, Pulido y Martín Salazar trabajaron en los comienzos del siglo actual es la base de lo que en el momento actual se desarrolla, con mayor o menor fortuna.

El problema del paludismo en Jaén no es nuevo. Desde tiempo inmemorial las calenturas son el enemigo natural de los hortelanos y de los cortijeros. Existe, sobre todo, una zona, la vecina al río Guadalimar, que durante años y años ha conseguido una reputación siniestra de insalubridad. No es preciso que se digan las características del Guadalimar; bastará con recordar que el afluente del Guadalquivir es en invierno un río caudaloso, de color achocolatado, rojizo en épocas normales y casi negro en la época de la elaboración del aceite, en que lleva los residuos de las numerosas fábricas de aceite que se asientan en sus orillas. En verano, su caudal disminuye considerablemente, se hace vadeable por todas partes y en sus márgenes van quedando rezagadas pequeñas charquitas, que se convierten en viveros de mosquitos. Es en este momento en el que aparecen las fiebres, de las que en otros tiempos eran muy escasos los campesinos que lograban librarse.

En 1930 el servicio antipalúdico oficial, que tenía el propósito de estudiar la cuestión en la provincia de Málaga, se desvió hacia la de Jaén, a petición mía. Enviaron unos cuantos técnicos, que recorrieron aquella zona, y sus impresiones no pudieron ser más desconsoladoras. La intensidad con que se presentaba el paludismo era superior, desde luego, a Málaga, y llegaba a las mismas cifras que Badajoz y casi que Cáceres.

Decidióse, pues, la instalación de un Dispensario, y buscóse un sitio estratégico para su colocación. Buscábamos un lugar en plena zona de paludismo, en el centro de ella, a ser posible, cercano al Gua-

dalimar y en un sitio en que la asistencia médica fuera deficiente para evitar rozamientos y dificultades.

Nos fijamos en un pueblecito, Camporredondo, que se levanta en la misma orilla del río, muy cercano a Sorihuela, por una parte, y a Beas de Segura por la otra, y al que podían concurrir con relativa facilidad todos los enfermos de aquella vasta zona palúdica. Hasta aquí la cosa nada tiene de particular y no merecería ciertamente la pena de relatar el hecho, que una y otra vez se ha repetido en distintas porciones del territorio nacional.

Pero en el Dispensario de Camporredondo se ha realizado algo que es fundamental en el saneamiento de un pueblo. La colaboración estrecha del pueblo con el Estado. El sistema de que la organización central debe hacerlo todo es absurdo, ineficaz e imposible. Imposible, porque no había dinero bastante para sanear al país entero. Ineficaz, porque la primera condición para que un servicio sanitario sea eficaz es una colaboración íntima entre el pueblo y las autoridades, y absurdo, porque importando mucho al Estado la salud de los habitantes de un pueblo, debe importar mucho más, naturalmente, al mismo pueblo.

En Camporredondo los vecinos se dieron cuenta enseguida de la importancia del servicio que se les concedía, y ellos mismos buscaron casa donde instalar el Dispensario y al médico. El pueblo se convirtió súbitamente en un centro de importancia. Hasta entonces ningún individuo de aquellos lugares se le ocurría ir a Camporredondo para nada; pero desde que el Dispensario estuvo en función, la concurrencia recordaba a la de los pueblos en feria; el comercio recibió un impulso considerable; hubo que poner un servicio de transportes en camioneta, y no había día en que ochenta o cien visitantes no se dejasen sus pocos o muchos cuartos en Camporredondo.

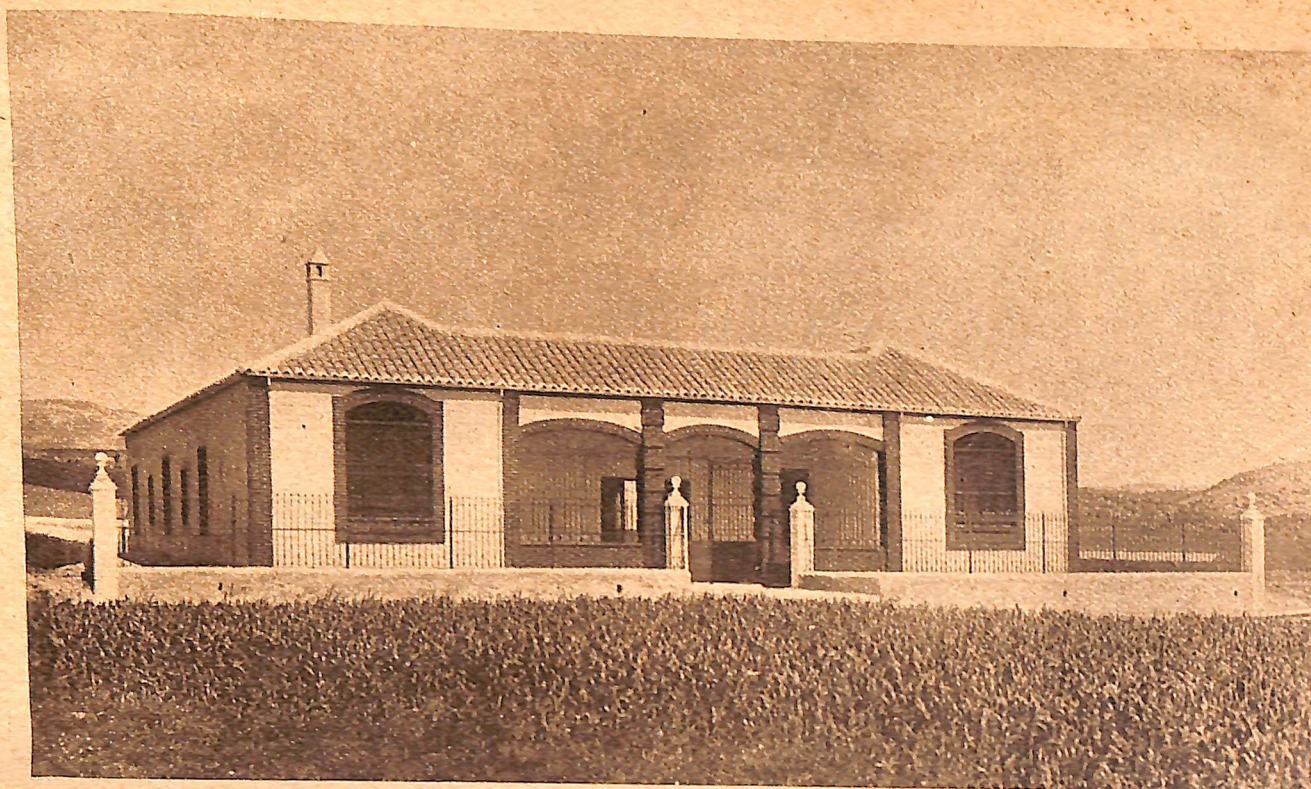
Temerosos los vecinos de que el servicio aquel fuera considerado como provisional, ofrecieron gratuitamente un terreno para la cons-



El río Guadalimar y uno de sus pintorescos «puentes».

trucción definitiva de un Dispensario, y prometieron los materiales necesarios para ello. El Estado aceptó el ofrecimiento, y a los pocos meses se alzaba en la entrada del pueblo de Camporredondo, en la carretera que lo une a Sorihuela del Guadalimar, el lindo dispensario que se reproduce en los grabados. El pueblo ve en él, no una organización oficial, dependiente del Estado, sino algo propio, a lo que todos han contribuido y a lo que hay que cuidar y perfeccionar.

Y los resultados han sido realmente maravillosos. No es que haya desaparecido el paludismo, que desaparecerá más adelante, cuando se ejecuten las grandes obras de saneamiento que se emprenderán en momento oportuno, bajo la dirección y la vigilancia del personal técnico y de los médicos del Dispensario. Pero si no ha desaparecido, ha disminuido considerablemente gracias a las pequeñas operaciones dirigidas a dificultar el desarrollo de los mosquitos, y gracias, sobre todo, a la labor lentísima, pero continua, de enseñanza a toda aquella pobre gente de lo que es el paludismo, de la manera cómo se



El Dispensario Antipalúdico de Camporredondo

evita y de la manera cómo se cura. Hace cinco años los habitantes de este rincón de la provincia de Jaén ignoraban totalmente cómo se adquirirían esas fiebres que casi todos padecían. Las pocas cosas que sabían eran tan erróneas, que más bien eran un perjuicio que una ventaja.

Hoy todos ellos saben cuáles son los mosquitos que inoculan la enfermedad, dónde suelen vivir esos anofeles, en qué épocas del año predominan y cuáles son sus usos y costumbres, para poder librarse de sus picaduras.

Añádase a esto la tarea de curar miles y miles de enfermos, con la doble ventaja de librarles de la penosa enfermedad y de impedir su contagio a los sanos por intermedio del mosquito, que después de picar al primero va a repetir la faena en el segundo, y el lector podrá darse cuenta de lo que significa la instalación de un Dispensario en la pequeña aldea de Camporredondo. Pero, además, no se trata simplemente de un consultorio, sino que hay un cierto número de camas que permiten hospitalizar y tratar más detenidamente a los enfermos que lo merezcan de paludismo y de otras enfermedades parasitarias que la labor de los médicos ha ido poco a poco descubriendo en la región.

Y de esta aldea el servicio se ha extendido a pueblos limítrofes y a pueblos remotos. El médico del Dispensario tiene un pequeño automóvil, popular ya por aquellos contornos, y que le lleva a cortijos, caseríos, adondequiera existan enfermos, a los que lleva el auxilio de su profesión y la labor de propaganda sanitaria.

Lo que era totalmente desconocido hace cinco años en el fondo de la provincia de Jaén, la manera de evitar y de curar el paludismo, es hoy día casi un conocimiento vulgar entre los campesinos de la región, y de este resultado sorprendente, que desmiente a los que hablan uno y otro día de la incomprensión del pueblo para los problemas sanitarios, tienen no poca parte los habitantes de una pequeña aldea, casi desconocida, triste y minúscula, que sobre una de las márgenes del río Guadalimar se levanta en uno de los rincones de la provincia de Jaén.

Encierra además el Dispensario de Camporredondo una enseñanza para las organizaciones sanitarias centrales. No es preciso tanto dinero como se dice para llevar a los pequeños pueblos los auxilios de la ciencia sanitaria moderna. Lo que hace falta es elegir bien los lugares donde ha de llevarse la acción sanitaria y saber convencer a las gentes de las ventajas que les va a traer. Lo que pasa es que lo primero exige cierto estudio, y lo segundo una labor de proselitismo paciente y tenaz, y en muchos casos una y otra se quieren suplir con dinero, que ahorra trámites y trabajos, pero que no conseguirá nunca la eficacia que aquéllas. Camporredondo es, pues, una espléndida demostración de lo que se podría hacer en España si nos decidiésemos

a intentar en grande escala una política de verdadera democracia sanitaria, en colaboración con el pueblo, contrariamente al criterio de algunos médicos, que siendo profundamente demócratas en el aspecto político, al llegar a la cristalización práctica de estos problemas de Medicina olvidan por completo al pueblo, y lo que de él hay el derecho y el deber de esperar.



Dos pequeños «clientes» del Dispensario Antipalúdico de Camporredondo

DR. J. A. PALANCA